

cial el que poco á poco las sillas episcopales empezaron á quedar vacantes; y ya se acercaba el día en que nos viéramos privados de nuestro último Obispo, sin que se pudieran reparar las pérdidas. No ignoráis la causa de este abandono. El gobierno español aún no quería reconocer nuestra independencia, y como á su monarca competía el derecho de presentación para las diócesis de sus vastos dominios, ni proponía sustitutos, que México independiente había de rehusar, ni dejaba que el báculo pastoral se pusiese en manos que no habían rendido pleito-homenaje entre las suyas.

Bien recordáis el nombre imperecedero del digno legado que mandó nuestra nación al Sumo Pontífice, á perorar la causa de nuestra desdichada patria y suplicarle enviase pastores que apacentaran la multitud de hambrientas ovejas, que gemían años hacía en la soledad más profunda. No ignoráis tampoco la guerra á muerte que hizo á nuestro enviado la diplomacia enemiga de nuestra independencia, y todos los esfuerzos del monarca español para la prórroga de derechos que podían quizá competirle, pero que ciertamente redundaban en daño de una parte nada despreciable del rebaño de Jesucristo.

¿Qué hubiera sido entonces de nosotros, si en vez de encontrar nuestro enviado al Padre de los fieles rodeado de regio esplendor, lo hubiera hallado relegado en un ángulo de la Eterna Ciudad, y sujeto al influjo y autoridad de un monarca terreno? ¿Hubría logrado exponer siquiera su humilde pretensión? ¡Ah! La política de las naciones que nos miraban de reojo habría puesto en acción todos los resortes de que se sirve en sus relacio-

nes internacionales, y que no dejan nunca de surtir el deseado efecto, estrellándose sólo ante la prudencia del Pontífice-Rey. Habría vuelto nuestro Legado después de haber sufrido insultos y desprecios, y habríamos permanecido largo tiempo, cual Israel en sus días de infortunio, *sine ephod et sine teraphim*; privados de pastores que nos apacentaran, de guías que nos dirigieran, de padres que nos consolaran.

No fué así, empero, gracias á la Providencia del Señor, que ha puesto el cetro temporal en las manos de su Vicario. Fuerte con esta nueva dignidad, y revestido de su doble poder, pudo el inmortal Gregorio resistir á todas las violencias é intrigas, y decir denodadamente al Rey de las Españas:

“Los derechos que mis predecesores te han concedido, fueron dados para el bien, no para la ruina del rebaño de Jesucristo: *in ædificationem, non in destructionem*. Son hijos míos los que han nacido en el Nuevo Continente, al par que los que habitan en torno á mi solio. Ellos también tienen derecho á que les manifieste mi amor y solicitud paternal, y á despecho tuyo ¡oh monarca! les mandaré pastores que los guíen por el camino de la salvación.”

Así dijo el Supremo Jerarca, y poniendo sobre las sienes de nuestro Legado la mitra episcopal, nos lo devolvió haciéndolo portador de su bendición paternal, como Pontífice, del reconocimiento de nuestra independencia como rey. Él hizo renacer entre nosotros la casi extinguida jerarquía, y nos levantó del abatimiento en que yacíamos.

Sin empuñar el cetro real, no habría dado un Santo



á México el gran Pío IX, y habríamos permanecido privados por largos años de la inmarcesible gloria de que nos ha cubierto. No creáis que es gratuita mi aserción; más de un poderoso monarca se opuso con todas sus fuerzas á la canonización de los ilustres mártires en cuyo número contamos á nuestro San Felipe de Jesús, y sólo la autoridad y firmeza del Pontífice-Rey pudo llevarla á cabo gloriosamente.

Nuestros ojos están ahora, sin excepción alguna, vueltos hácia Roma: de allí esperamos todos nuestra salvación, y el término de nuestros males. Ahora bien, respondedme, cualquiera que sea vuestra opinión, ¿no miraríais con suma desconfianza la decisión de un Pontífice que perteneciendo á determinada patria, y hallándose bajo el influjo de un soberano, quizá enemigo nuestro, se dejaría naturalmente mover por los intereses de su nación, más bien que por los nuestros? ¡Qué trastornos, qué complicaciones, qué males no resultarían, aun para nuestra patria si se privase al Pontífice de los medios de proveer á nuestras necesidades, de erogar los gastos que nuestros propios negocios le ocasionan, de suministrar el sustento á tantos como se ocupan en atender á nuestras peticiones, de enviarnos Legados cuando los solicitamos!

Veis, pues, que á pesar de nuestra distancia del centro, la cuestion del poder temporal del Papa nos concierne tanto, ó quizá más que á los que se hallan á su lado. Veis la necesidad de uniformar vuestra conducta á la del resto de los católicos, y de ayudar cual ellos á nuestro amado Pontífice. Escuchadme aún sobre este punto.

### PUNTO TERCERO.

---

Es terreno el poder del Pontífice que debemos sostener: debemos, por consiguiente, emplear medios terrenos. Sosteniendo la soberanía temporal, defendemos indirectamente la supremacía espiritual; de Dios emanan ambas potestades; él es quien puede conservarlas eficazmente: luego también nos debemos servir de recursos espirituales. Conforme á estos evidentes principios, el gran Pío IX ha hecho de nuevo resonar su voz paternal implorando la ayuda de sus hijos los católicos. Su trono, aunque sostenido por Dios, está amenazado por los hombres, y los hombres también deben coadyuvar á su defensa. Tres cosas pide; en tres cosas insiste; tres cosas le debemos suministrar: defensores que con su sangre impidan la consumación del sacrilegio; limosnas que contribuyan á su sustentación; oraciones que le alcancen el auxilio eficaz del Señor.

De la primera, casi es inútil hablaros: el Océano forma una inmensa barrera entre él y nosotros, y no es fácil empresa para nuestra juventud el ir á militar bajo los



estandartes pontificios, cual los hijos de las naciones de Europa. Sin embargo, no me tachéis de visionario si os digo que no es imposible. No podremos, en verdad, mandar legiones enteras cual la Francia, y la Bélgica, y la Irlanda; pero sí no faltará quien engruese sus filas, si lo animan la piedad y la energía. Pocos, repito, poquísimos son los que tienen la posibilidad de acometer esta empresa, pero no carecemos de tales mancebos. ¿No vemos que cada semana cruzan los mares sin temor multitud de jóvenes, con los bolsillos henchidos de oro para gastar en sus placeres y diversiones? ¿En qué consumen la mayor parte de sus fortunas? Mejor es no investigarlo; pero ese tiempo y ese oro que malgastan cual nos dice el Evangelio del hijo pródigo, *vivendo luxuriose*, podían consagrarlo á la más santa de las causas, á la más noble de las empresas. Mejor que arruinar la salud y perder quizá la vida á fuerza de goces no siempre lícitos, ¿no es mejor darla por la defensa de la silla de Pedro? Más que largas noches pasadas en viles orgías, presentan atractivos á una alma grande las vigiliias del campamento en que ondea la enseña de las Llaves. Es infinitamente más glorioso que andar en pos de tristes aventuras en las calles de alguna voluptuosa ciudad, el errar por los montes de la Italia siguiendo las huellas de Carlo Magno y de Pepino, y cargado con el dulce peso de armas bendecidas por el Vicario de Cristo, cual las que en otro tiempo empuñó Don Juan de Austria. Allí se ofrece á todo mancebo generoso y valiente una palma de mártir fácilmente adquirida, una vida dulce al par que laboriosa, un renombre inmortal é imperecedero.

De esto, empero, muy pocos son capaces; ninguno

probablemente lo llevará á cabo; y como mi vehemente deseo, es que al asistir á mis pobres pláticas, no os limitéis á pasar unos cuantos minutos escuchando palabras al viento, sino que saquéis fruto de mis sentencias, y obréis fuera del templo con la energía y constancia que deben caracterizar á un cristiano, pasaré á otro punto que á todos os toca, y que no dudo pondréis en práctica sin excepción alguna.

Habéis sin duda oído hablar del óbolo de San Pedro. Éste, como sabéis, era una ténue suma de dinero, poco más que un centavo de los nuestros, con que cada cristiano contribuía á la sustentación del Jefe de la Iglesia, cuando su poder temporal aún no estaba tan bien asentado que le bastasen sus rentas á sostenerse. Cayó en desuso esta meritoria limosna cuando la extensión de su territorio, y las cuantiosas donaciones de los príncipes católicos, acrecieron sus recursos pecuniarios. El progreso de la época nos ha hecho retroceder varios siglos, y el Padre Santo despojado de la mayor parte de sus provincias, y amenazado continuamente de que se le arranque lo que aún le resta, necesita de nuevo de este subsidio universal.

De todas partes del mundo han llovido innumerables ofrendas; sólo ¡oh dolor! las de nuestra México han sido escasísimas. Si exceptuáis las oblaciones que uno que otro viajero ha depositado sobre la tumba de los Santos Apóstoles, y la abundante donación que nuestros magnánimos soberanos ofrecieron acabando de empuñar las riendas de nuestro imperio, nuestra plata y oro, que por todo el mundo circulan sin tasa, no han herido aún con su brillo los ojos del Vicario de Cristo.



¡Vergüenza, vergüenza! Cesad de ofrecer al mundo tan doloroso espectáculo. Si hasta aquí el furor de las contiendas civiles os había impedido ayudar con limosnas á nuestro Padre y Pastor, de hoy más dadle pruebas de vuestro amor y fidelidad, contribuyendo con vuestro óbolo, al par que otras naciones menos ricas y menos católicas.

Aun en medio de la furibunda guerra que asolaba á la República vecina, sus fervientes católicos no dejaban de socorrer al Padre de los fieles. Sin recursos ellos mismos, los pobres católicos de Inglaterra y de la Irlanda los suministraban al Pontífice. En Bélgica, ese país de libertad, tomaba prodigioso incremento la asociación para auxiliar al Supremo Pastor; y en Turín mismo, bajo las gradas del trono del monarca que lo despojaba de sus tierras, se recogían multitud de subsidios para el Pontífice-Rey. Entretanto nosotros apenas osábamos dirigir algún fugaz pensamiento hacia nuestro amante Padre, y no soñábamos en socorrerlo.

¡Ya no será así, Hermanos míos! De hoy en adelante también vosotros ofreceréis vuestro óbolo á Pedro. Esto está al alcance de todos: mientras más pequeñas sean las ofrendas del pobre, más agradables serán al Señor y á su Vicario, que prefiere á las cuantiosas donaciones de pocos, las ténues ofrendas de todos. Estableced, pues, en vuestro presupuesto, una suma siquier pequeña, siquier grande, que enviar al sucesor de San Pedro. Párrocos no os faltan; á ellos podréis darla, ocultando, si lo deseáis aun la suma y el nombre: ellos se encargarán de hacerla llegar á su destino. El Padre Santo, en cambio, derrama los tesoros de las gracias espirituales de que

es depositario, sobre los que lo ayudan en sus necesidades temporales, y de esta manera vuestra insignificante ofrenda os hará acreedores á inmensos tesoros en el cielo. *Date obolum Petro*, os diré una y mil veces con el Jefe de la Iglesia; dad al que ocupa la silla del Pescador la limosna que no negáis al mendigo que viene á pedirla á vuestra puerta. Uníos todos los católicos, cualesquiera que sean vuestra patria y vuestro lenguaje, para sostener al Padre común de los fieles. Ayudadle, que al impedir que se derrumbe su trono, sostenéis el de nuestros propios gobernantes. Ayudadle; al enviar socorros á un soberano que no impera en lo temporal sobre vosotros, no temáis contrariar alguna ley del vuestro; que no existen, ni pueden existir en nación alguna, edictos que prohiban la espontánea oblación de limosnas á un padre reducido á la indigencia.

Pero sobre todo, Hermanos míos, elevad al cielo continuas oraciones por nuestro Padre y Pontífice. Cuando San Pedro fué arrojado en la cárcel por Herodes, la Iglesia toda oraba por él sin intermisión como nos dice San Lucas, y el Señor se ablandó con las súplicas de los fieles y envió un ángel á libertarlo. Haced que la Iglesia de hoy día no ceda á la de los primeros siglos en amor á su Jefe venerando. Mayor debe ser nuestro apego y filial cariño, mientras mayores son los beneficios que de la Santa Sede hemos recibido, y tanto más frecuentes las plegarias cuanto más numerosos son los fieles.

No dejéis, pues, pasar un solo día sin que roguéis con fervor á Jesucristo para que envíe la paz á su Esposa, el reposo y la tranquilidad á su Vicario. Rogadle que siga sosteniendo su trono temporal, afirmando más y



más su primado espiritual. Suplicadle calme las ondas que se agitan en torno á la barquilla de San Pedro y parece que van á sumergirla. Combatid, ya que no con la espada, al menos con oraciones por la Iglesia militante; así podréis gozar en el cielo de las recompensas de la Iglesia triunfante.



## SERMÓN

PREDICADO EN LA IGLESIA DE LA CASA DE EJERCICIOS DE SILAO, EL DÍA  
DE LA DEDICACIÓN DE LA MISMA, 10 DE NOVIEMBRE DE 1867,  
FIESTA DEL PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA.